

RESEÑA GIRO A LA DERECHA. UN NUEVO CICLO POLÍTICO EN AMÉRICA LATINA. TORRICO, MARIO (COORD.) (2021). FLACSO.

Octavio Spindola Zago, maestro en Ciencias Sociales de la FLACSO México. Profesor de la Universidad Iberoamericana Puebla. Investigador del Seminario Permanente sobre las Derechas en México.
Correo electrónico: octavio.spindola@iberopuebla.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5579-6814>.

La oleada de transiciones democráticas que experimentó América Latina a finales del siglo pasado abonó a la popularidad de las clasificaciones dicotómicas¹, las cuales arrojan luz sobre la dinámica entre los regímenes competitivos (democráticos o semidemocráticos) y los regímenes autoritarios (dictaduras o regímenes híbridos). En el caso de nuestra región, al despuntar el año 1900, sólo el 5 % de la población vivía bajo regímenes democráticos. Esta cifra ascendió al 58 % en 1950, para luego desplomarse al 12 % en 1977 debido al conjunto de golpes de Estado que instauraron dictaduras cívico-militares. Con la tercera oleada democratizadora en su cénit, el porcentaje ascendió al 98 % en 2006, aunque volvió a descender al 80 % en 2020, de acuerdo con el último informe de *The Economist*. A pesar de la naturaleza fluctuante y ligeramente a la baja que estos datos revelan, más de tres cuartas partes de las y los latinoamericanos seguimos viviendo bajo alguna forma de régimen democrático, ya sea en su formato electoral —que se limita a garantizar comicios regulares y libres— o en su variante liberal, en donde se respeta la división de poderes y el sistema de contrapesos.

Este es el contexto que permite explicar cómo, en la última década, la literatura especializada ha mostrado un creciente interés desde la política comparada por comprender con mayor ahínco ya no las supervivencias y caídas de regímenes políticos, sino los avatares dentro de las democracias mismas. Este interés se enfoca en las especificidades de las políticas públicas y el ejercicio del poder que caracterizan a los Gobiernos de derecha y aquellos que se sitúan en la izquierda del espectro ideológico. ¿Realmente estas ya no son categorías útiles para describir fenómenos empíricamente observables? Este es el debate en el que se inserta la más reciente obra coordinada por Mario Torrico Terán, *Giro a la derecha. Un nuevo ciclo político en América Latina*. Once especialistas se dieron cita en esta empresa colectiva para indagar sobre la naturaleza y las características de los Gobiernos de derecha, que en 2020 eran mayoritarios en la región.

1 Jagers, K. y Gurr (1995); Przeworski et al.(2000); y Mainwaring y Pérez-Liñán (2019).

En su introducción, y siguiendo a Sánchez y García Montero, Torrico sostiene que es factible identificar giros regionales, es decir, dinámicas de conjunto, en la medida en que la política en América Latina se mueve por ciclos impulsados por efectos de contagio fluidos. Por ejemplo, la historia política contemporánea puede ser descrita por el giro populista de la década de los cuarenta, el giro revolucionario de la década de los sesenta, el ciclo autoritario de los setenta, el ciclo de democratización de las últimas dos décadas del siglo pasado, el ciclo de los Gobiernos de izquierda conocido como la ‘marea rosa’ a inicios de este milenio y, finalmente, el ciclo de derecha que empezó en la década de 2010.

Para comprender la llegada de los Gobiernos de derecha en una región que parecía haber encontrado un punto de estabilidad en el lado opuesto del espectro ideológico, Torrico sintetiza los elementos distintivos de aquellos de izquierda que les precedieron y traza una posible explicación de su desgaste. La mayoría de los Gobiernos de la marea rosa no fueron anticapitalistas ni se opusieron a la propiedad privada; en cambio, insistían en regular el mercado e incentivar una política social activa, lo que requería de mayores capacidades estatales y un incremento en la recaudación por medio de una estructura tributaria progresiva basada más en impuestos a la producción y al capital que en gravámenes al consumo. Sin embargo, lo cierto es que muchos de estos Gobiernos pospusieron o renunciaron a esa política fiscal, ya que pudieron hacerse con recursos por el boom de las materias primas, una bonanza que aumentó las fuentes de los recursos públicos disponibles a través de la exportación de bienes administrados por el Estado.

[228]

El dinamismo exportador incrementó las finanzas públicas, lo que permitió activar amplias políticas sociales y programas de transferencias condicionadas, así como impulsar la inversión pública con un efecto positivo sobre el crecimiento. Si bien entre 2002 y 2010 tanto la pobreza como la pobreza extrema se redujeron en más del 50 %, y la desigualdad, medida por el coeficiente de Gini, disminuyó, en materia de derechos humanos el avance fue más bien discreto (cuando no inexistente), por lo que los Gobiernos de la marea rosa pueden ser caracterizados como conservadores. Ejemplos de esto son la oposición a la ‘ideología de género’, como en el caso de Correa en Ecuador, y el rescate de los valores religiosos, como lo hizo Ortega en Nicaragua (antes del quiebre autocrático).

¿Dónde buscar la matriz que diferencia a la derecha de la izquierda? Torrico propone fincar la distinción en los modelos de democracia de ambos nodos: mientras los liderazgos de izquierda tienden a promover una mayor participación popular en la toma de decisiones (aunque generalmente encuadrada en un marco corporativo-clientelar e instrumentalizando mecanismos de democracia directa de forma plebiscitaria²), los de derecha defienden el modelo clásico liberal procedimental (si bien en el ejercicio del poder no siempre han respetado ese andamiaje institucional). Sin embargo, como demuestran los giros que marcan el declive de un ciclo y el despunte de otro, ninguna mayoría es estáti-

2 Un abordaje al problema de los mecanismos de democracia directa en el *continuum* entre la innovación democrática y la autocratización populista puede revisarse en Spindola Zago (2022).

ca y los electorados cambian de opinión. Uno de los hallazgos que Torricó pone sobre la mesa en la introducción es que, de acuerdo con Latinobarómetro, la mediana de la ubicación ideológica de la población en la región, en una escala de 1 a 10, es 5. Esto significa que el votante promedio latinoamericano se posiciona en el centro, con una tendencia a la centroderecha, lo que sugiere que la ideología no es la variable causal que determina su comportamiento electoral. Más bien, la explicación debe buscarse en la percepción de la corrupción, la falta de respuestas efectivas a lo que aprecian como los problemas más acuciantes (principalmente la inseguridad) y el limitado dinamismo de la economía.

De acuerdo con encuestas a personas expertas, si en 2010 la mayoría de los presidentes de América Latina se identificaban con una agenda de izquierda, para 2020 esta proporción favorecía a la derecha. Sin embargo, esto no significa que el electorado se haya movido ideológicamente, como se sugirió antes. Considero que uno de los elementos más atractivos es la gráfica de la página 26, donde se analiza una serie de variables para diferenciar empíricamente entre la derecha, el centro y la izquierda, y se concluye que en América Latina las diferencias entre ellas son más relativas que absolutas (no tanto de fondo, sino de grado). Las mayores discrepancias se concentran en temas de seguridad y en el papel del Estado: la derecha prefiere la mano dura y ratifica su creencia en el mercado como el mejor mecanismo de distribución de bienes y servicios.

Las paradojas que podrían ser incluso contraintuitivas, pero que Torricó ilustra, son que ni los Gobiernos del ciclo de izquierda quebraron el *statu quo* conservador (no avanzaron en legislar a favor del matrimonio igualitario ni de la despenalización del aborto), ni los del ciclo de derecha han eliminado muchas de las políticas sociales implementadas por sus antecesores. Torricó cierra este apartado con una nota que no podemos dejar pasar: ha aumentado el número de personas que se identifican en los extremos del eje ideológico, lo que, como afirman Mainwaring y Pérez Liñán, eleva los costos para los actores contrarios debido a la intransigencia e impaciencia que caracteriza la radicalidad de las preferencias políticas de los extremos. ¿El efecto? Un contexto social que pone en riesgo la democracia, por cuanto aumenta la demanda de liderazgos iliberales y tienen mejor acogida formas populistas de política que niegan el derecho al disenso y amenazan la institucionalidad con el fin de implementar sus soluciones mágicas.

A continuación, rescataré algunas ideas que ofrecen una ventana a los aportes que las lectoras y los lectores encontrarán en los diversos capítulos que integran esta obra. El primer bloque de capítulos aborda los casos donde el giro ideológico ocurrió tras un cambio de partido en el Ejecutivo nacional: Brasil con Bolsonaro, analizado por Juan Olmeda; Chile con Piñera, estudiado por Carlos Durán; Paraguay, con el retorno del Partido Colorado tras la destitución de Lugo, a cargo de Katia Gorostiaga; Bolivia con Añez, analizado por Torricó; y Argentina con Macri, trabajado por Lisandro Devoto.

En el caso brasileño, es interesante la capacidad de Bolsonaro para construir una imagen electoral como *outsider*, a pesar de haber pasado los últimos 28 años ocupando una curul, pero con poco involucramiento en las negociaciones partidistas. Frente a los embates del nuevo presidente, el Gobierno dividido facilitó que el Legislativo, el Judicial

y los gobernadores actuaran como frenos de la expansión de su poder y a sus instintos autoritarios, aunque más por sus propios intereses políticos que por un compromiso con los principios democráticos. Rompiendo con el presidencialismo de coalición, Bolsonaro optó por repartir los puestos del gabinete entre los sectores que conformaban su Gobierno: los militares (grupo preponderante, pues Olmeda muestra que hubo más militares en la administración pública durante este Gobierno que durante la dictadura); los economistas neoliberales, los ‘cruzados ideológicos’; el clan Bolsonaro, con sus tres hijos mayores; y Sergio Moro, el juez que había movilizó la operación Lava Jato. Esta heterogeneidad se tradujo en conflictos de interés, pues las propuestas privatizadoras del ala económica chocaron con la visión desarrollista de las fuerzas armadas, los intentos del sector ideológico de limitar los lazos con China fueron resistidos por los economistas, y el propio Bolsonaro (él mismo un militar) tuvo roces con el sector castrense, por ejemplo, en la gestión de la pandemia.

En Chile se registra un evento paradójico: ante el fracaso de la agenda reformista del segundo Gobierno de Bachelet, regresó a la presidencia una derecha identificada con la ecuación entre democracia consensual y economía de mercado, que en menos de dos años derivó en una bancarrota de su proyecto restaurador de signo conservador debido a la activación del mayor evento de protesta social en la historia del país desde la transición a la democracia, liderado por estudiantes universitarios. Piñera respondió a la movilización juvenil con el decreto de estado de emergencia y selló su destino: la sociedad chilena activó la memoria histórica de la dictadura, de la que la derecha había trabajado para distanciarse durante casi tres décadas. Desde la publicación del libro, dos fenómenos han ocurrido en Chile: el crecimiento de Kast y la ultraderecha populista como una oferta electoral atractiva, el triunfo de la izquierda partidista y el fracaso del primer intento constituyente.

En cuanto a Bolivia, Torrico pondera que “las acciones del Gobierno transitorio de Jeanine Añez [después de que cayera Morales, víctima de su propia desinstitucionalización, y desatara, con la captura del Tribunal Supremo Electoral, el drama que cobró la vida de más de treinta personas] mostraron que los sectores conservadores y de derecha tienen poco compromiso democrático. Pero el MAS tampoco destacó por su compromiso con los procedimientos democráticos” (p. 190). Finalmente, en las elecciones de 2020 fue electo Arce (cuya candidatura fue impuesta por Evo desde su asilo en Argentina) para devolverle al MAS el Gobierno. En conclusión, para preservar el poder, el MAS impidió que los avances en materia de democracia intercultural de la Constitución de 2009 se materializaran.

El apartado sobre Paraguay, desde mi perspectiva, es ambivalente. Juega a su favor el hecho de que ofrece el mejor contexto histórico de toda la obra al describir la hegemonía que el Partido Colorado (fundado en 1887) ha ejercido en el sistema político paraguayo desde 1943. Las sintéticas notas sobre los presidentes que sucedieron a Stroessner ofrecen un panorama esclarecedor para quienes no estamos familiarizados con la historia política de aquel país conosureño (como el caso de Duarte Frutos, quien no provenía del ‘círculo stronista’ del oficialismo, o el giro conservador que se hizo patente a partir del interinato

[230]

del liberal Franco, hasta la llegada de Mario Abdo Benítez, hijo del secretario particular del tendota, al Palacio de López). No obstante, la fortaleza del libro radica en la atención que las y los autores prestan a las políticas públicas implementadas por los Gobiernos analizados, que proporciona un detallado seguimiento de los indicadores que permiten evaluar su desempeño y situar ideológicamente a los presidentes. Gorostiaga, sin embargo, no profundiza en datos concretos sobre el comportamiento de las asignaciones presupuestarias antes y después de Lugo en materia social, ni en indicadores sobre el Estado de derecho antes y durante el giro a la derecha desde 2012.

El capítulo sobre Argentina podría ser de los más estimulantes debido a sus hallazgos contraintuitivos. Devoto muestra que Macri fue el segundo presidente que menos Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU) utilizó, con un promedio de 16.5 por año, y que “contrario a lo que podría esperarse de una derecha tradicional y conservadora, el gobierno dejaba clara su intención de trabajar para lograr una mayor igualdad de oportunidades. Se planteaba la concreción de un Estado presente, sobre todo para las personas más vulnerables, con el objetivo de universalizar la protección social muy especialmente para las niñas y los niños” (p. 262). Esto se puede apreciar en el hecho de que Macri no eliminó ningún programa social del kirchnerismo, e incluso elevó el gasto público en esa materia, lo que llevó a que el presupuesto destinado a Servicios Sociales en 2019 fuera el más alto desde 2002; sin embargo, se produjo un cambio de esquema generalizado de subsidios a uno focalizado con tarifa social. El financiamiento de estas políticas provino de un crecimiento exponencial de la deuda externa. El autor concluye que “el rumbo de la economía sería definitivamente el principal problema del gobierno de Mauricio Macri, ya que sus políticas no lograron una mejoría sustancial ni de la macroeconomía ni de la vida cotidiana de los argentinos y, en algunos aspectos, la empeoraron” (p. 279). La salud del Estado de derecho mejoró según los indicadores del World Justice Project, y la percepción de corrupción, medida por Transparencia Internacional, también tuvo un mejor desempeño.

Un segundo conjunto de capítulos se enfoca en países donde el giro a la derecha ocurrió tras el cambio de presidente, pero mantuvo el mismo partido de su antecesor en el Ejecutivo. En Costa Rica, el Gobierno del Partido Acción Ciudadana pasó de políticas públicas izquierdistas, durante la gestión de Luis Guillermo Solís, a una derechización con la llegada de Carlos Alvarado en 2018, debido a la pérdida de apoyo al partido del Frente Amplio. Esto llevó a que el PAC se aliara con el conservador Partido Unidad Social Cristiana para hacer frente a los candidatos radicales de derecha Diego Castro y Fabricio Alvarado. Según Escalante y Cerdas, Costa Rica es un caso en el que “triunfó un partido de izquierda que, dados los problemas económicos, reorientó sus políticas, como sucedió en Ecuador o México. Es decir, la derecha no triunfó vía elecciones o donde se haya dado la caída de un presidente de izquierda” (p. 218).

Ecuador es también representativo de este segundo grupo, ya que el giro ideológico ocurrió a pesar de que el nuevo jefe de Estado, Lenín Moreno, perteneciera a la misma agrupación política que su predecesor, Rafael Correa. Cuando Correa designó como su sucesor a Moreno, “no solo se mantenía la hegemonía del movimiento político, sino que

también se tutelaban los logros alcanzados durante los diez años de gobierno de la Revolución Ciudadana” (p. 238). Sin embargo, Basabe y Sotomayor consideran que Moreno priorizó la ética de la responsabilidad sobre la ética de convicción y modificó el marco legal vía referéndum para que Correa no pudiera volver a ser candidato. Además, Moreno restableció relaciones con Estados Unidos, se acercó a organismos multilaterales de crédito, rechazó el Gobierno de Maduro y expulsó a Assange de la embajada en Londres.

El libro incluye dos capítulos peculiares pero claves para entonar en el conjunto y abonar al fortalecimiento de su análisis: el Gobierno de López Obrador en México, descrito como un giro tardío a la izquierda, y el de Maduro en Venezuela. La tesis que sostiene Torrealba sobre Venezuela es que “la resiliencia del chavismo” estriba en la “deriva autoritaria de Maduro [a partir del 2017], junto con sus medidas de ajuste económico”, orientadas por un pragmatismo que se caracteriza como una ‘versión chavista de la Perestroika’, lo cual constituye “un ejemplo de cómo el ciclo progresista, como proyecto, puede ser minado desde los propios gobiernos de izquierda que lo impulsaron” (p. 78). Ni Capriles ni Guaidó lograron consolidar una opción de oposición fuerte frente a la maquinaria chavista, y a ello abonó el hecho de que Maduro haya confeccionado una “oposición leal a la medida” que fragmentó aún más el campo de sus contrincantes. Al hilar la historia reciente venezolana en su conjunto, desde 1999 con la instauración una democracia delegativa, pasando por 2007 con la evolución del régimen hacia un autoritarismo competitivo, hasta llegar al autoritarismo hegemónico desde 2017, Torrealba ilustra el carácter procesual de la autocratización. El costo de esta supervivencia ha sido el alejamiento del enfoque comunitario, que era el núcleo social de la revolución bolivariana, en favor de la militarización del régimen.

[232]

Respecto a López Obrador en México, podríamos traer a colación el apunte de Diego Solís Delgadillo sobre la política de austeridad instaurada por su Gobierno: si bien su implementación responde a la demanda popular de aminorar los privilegios, evitar derroches del gasto público y disminuir las probabilidades de que la clase política continúe reproduciendo esquemas de corrupción, como los que golpearon duramente la presidencia de Enrique Peña Nieto (y que sólo AMLO supo capitalizar ante el electorado de manera efectiva), en realidad está minando las capacidades del Estado al dismantelar el aparato burocrático, lo que implica la pérdida de conocimiento y capital humano. Al igual que numerosas políticas públicas, a esta medida le sobra voluntarismo y carece de un diagnóstico adecuado. Lo mismo ocurre con los programas sociales como las becas para el bienestar: “no hay elementos para ponderar si estos programas están teniendo el efecto deseado y si el dinero público está siendo utilizado de forma eficaz y eficiente”; además, “se corre un riesgo político, ya que sin reglas claras estos programas pueden ser utilizados de forma clientelar”, afirma Solís Delgadillo. El autor también llama la atención sobre el hecho de que “a diferencia de los gobiernos de izquierda que buscan ampliar la oferta de servicios, parece que el gobierno de AMLO apuesta por ampliar la demanda. Lo que resulta en una mercantilización del bienestar social que es atípico en un gobierno de izquierda” (p. 124). También, la relación que el presidente ha establecido con el ejército guarda un aire de familia más cercano al campo de las derechas.

El libro no agota el universo de casos del ciclo de derecha en América Latina. Queda pendiente sistematizar con igual ahínco los Gobiernos de Giammattei en Guatemala, Bukele en El Salvador, Ortega-Murillo en Nicaragua y Díaz-Canel en Cuba. Finalmente, algunas preguntas brotan de la lectura de esta obra: ¿por qué fue tan breve el giro a la derecha en comparación con la marea rosa? ¿Jugó la pandemia un factor explicativo con una incidencia significativa en ello y alentó así un voto de castigo retrospectivo? ¿La irrupción de López Obrador en México, Petro en Colombia (después de un período interrumpido de Gobiernos de derecha desde el Frente Nacional), Castro en Honduras, Boric en Chile y el regreso de Lula en Brasil vaticinan un nuevo ciclo de izquierda? ¿Si-gue América Latina comportándose en bloque o estamos llegando a un punto de desfase entre las alternancias y los giros ideológicos regionales?

REFERENCIAS

- Jagers, K. y Gurr, R. (1995). Tracking Democracy's Third Wave with the Polity III Data. *Journal of Peace Research*, 32(4), 469-482.
- Mainwaring, S. y Pérez-Liñán, A. (2019). *Democracias y dictaduras en América Latina. Surgimiento, supervivencia y caída*. Fondo de Cultura Económica.
- Przeworski, A., Álvarez, M., Cheibub, J. y Limongi, F. (2000). *Democracy and Development. Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990*. Cambridge University Press.
- Spindola Zago, O. (2022). Ciudadanizar la democracia en la era de la desacralización electoral. Mecanismos de participación en América Latina. *Revista Estudios*, (140), pp. 187-204.